

ALFREDO MOLANO
Sociólogo - Investigador

LA CRUZ DE MADERA

Para Fernando Rozo, compañero de horas y de sueños.

Supe que Albita volvía cuando me vinieron a contar que las avionetas estaban fumigando otra vez la amapola. Porque a pesar de los ayes de la mancha así sabe coger precio. Ella se había ido, como todas -porque Gaitania quedó limpio-, cuando la gente que regresó del Caquetá a sembrar se cansó de voltiar plaza-arriba y plaza-abajo, esperando que aparecieran los chichipatos en sus cabinados a abrir compras. Cuando ellas voltiaron el anca fue porque ya los comerciantes habían recogido los plantes para sembrar la flor y la ley había comenzado a colgarse en las cuentas del restaurante.

Y así fue. De golpe se echó a oír el ruido cansado del mixto a eso de las cinco de la tarde -una hora en la que ya nadie llega- hasta que paró frente a la discoteca y ellas se botaron desmandadas del bus, anunciando su mercancía. La Ley les ayudó a bajar las maletas y, pellizcándoles las nalgas, las acompañó hasta el puesto de salud donde las esperaba el doctor para certificarlas.

Desde aquí, señor, desde la sombra de este Cedro, yo me doy cuenta de todo, así ya no vea. Me vine a ver ciego cuando no era necesario distinguir entre el azul y el rojo porque habían inagurado el Frente Nacional. Pero he ganado el oído: oigo mucho. Y lo que no oigo me lo invento y sale tal cual porque la gente no cambia, señor, no cambia. Siempre es la misma.

Albita regresó estrenando un vestido cortico, atigrado, un saco blanco deshilachado, y unas botas negras que le tapaban la rodilla. No se dejó ayudar a bajar del bus ni se dejó ayudar a pasar por el barrial que parecía estar esperándola. Era brincona y le gustaba dejar negocios iniciados para que anduvieran tras ella. No cumplía para gozarse los ruegos.

Esa noche Gaitania volvió a ser lo que había perdido. No habrían ellas acabado de acomodarse en las residencias cuando llegaron los chichipatos abriendo compras, y detrás, los propios, en sus toyotas, a plantear a los chichipatos. Bonanza era lo que se veía subir por la carretera, sentarse en los cafés, dormir en las residencias

y alegar a la autoridad. La gente andaba con la cara alta y se venía confiada como una promesa de buena ley.

Albita tenía un cuerpo pequeño, comodito, pero no consentía que la trataran de niña. Quien quisiera tratos con ella tenía que hablarle de señorita. Dicen que venía del Quindío, de donde sabe llegar a Gaitania mucha gente, y que tenía el mismo apellido de ese hombronón que en vida se llamó Modesto Avila y que fue con los días instructor de armas de Tirofijo. Hoy ya nadie lo recuerda. Salvo los liberales de Pijao y los conservadores de Cumbarco, aunque él, propiamente, era de Saboyá, Boyacá. Modesto se hizo a tiros. Mató godos defendiéndose hasta hacerse conocido. Sus enemigos lo seguían fieles como un rencor. A Pijao le llegaron los hijos de Don Genaro Fajardo, y a Génova, a donde huyó después de hacer males por bienes, le cayó ni más ni menos que Don Martín González, padre de Efraín que en vida se llamó El Sietecolores. Efraín en persona tuvo que ponerse al corte a Modesto. Huyendo también fue que se apareció en Gaitania, plaza liberal donde no se ponía azul ni el metileno. Años después, cuando el ejército entró a chuzar a Marquetalia como desencuevando un cafuche, tuvo que perderse detrás del padre de Manuel. Ya viejos, disfrazados de mendigos, atravesaron a pie el Plan del Tolima entre Coyaima y Baraya. Vinieron a morir, no hace mucho, en la vereda La Cumbre, que le hace orilla al Ariari donde el río entra como galopando al llano.

Albita llegó a trabajar y se acostó a dormir en la madrugada. A esa hora, cuando el aire se pone delgadito y el Nevado del Huila manda sus brisas -rápidas como comisión de chulavitas- a meterse en todo rincón. Dimas debía andar levantándose. El camión de la leche sabe bajar temprano y no espera a nadie. Los niños lo aguardan para jalar la cuerda del pito de aire y hacer bulla mientras el chofer sube las cantinas. Las bancas de adelante estaban antes reservadas para las mujeres, pero ahora sólo se sientan ahí los que bajan con goma. Por respeto. Pero también porque atrás el camión se mueve mucho y el movimiento pone aguachento al látex.

Dimas llegó a eso de las once de la mañana. Debió vender a buen precio la goma porque la avioneta llevaba dos días fumigando los cultivos. Con el billete pesándole en el bolsillo, coronado y gozón, arrió a la tienda de Marulanda construida por Manuel cuando se llamaba Pedro. Pidió un Brandy -bien Napoleón- para sacarse del cuerpo el penetro que el páramo le había metido cuello abajo, y comenzó a buscar con las vistas a Albita entre la gente que ya a esa hora era mucha porque los chichipatos estaban comprando goma a dos manos. Con Albita se habían conocido en ese sitio, y por eso se volvió llegado de Dimas.

Marulanda construyó la tienda cuando fue inspector de carreteras y la amnistía del Presidente Lleras lo cobijó. También construyó la planta Peltón del río Ata, que dio luz al pueblo muchísimos años y que hoy todavía funcionaría si no hubieran prohibido usarla. Igual pasó con la volqueta que el hombre manejaba como inspector de obras y con la que acabó la carretera entre Planadas y lo que llamaba Sur de Ata, hoy Gaitania. Dicen que Manuel dejó el carro bien orillado, se bajó y fué a mirar el cadáver de Charronegro y se quedó con él largo rato sin chistar palabra. Después se puestió mauser en mano en el Rocío, un cerro que domina el pueblo y cuando la tropa del ejército llegó a reemplazar a la gente de Mariachi -que fue el verdadero matador de Charro-, le caló un tiro en la frente al primer soldadito que entró. El pobre cayó como si le hubieran cortado las piernas.

CRUZ DE MADERA

*Cuando al pantión ya me lleven
no quiero llanto de nadie,
sólo que me estén cantando
la canción que más me agrada,
el luto llévenlo dentro
teñido con buena sangre.*

*Este mundo es muy chiquito
y yo lo anduve rodando,
por eso quiero que me lleven
con una banda tocando,
canten no lloren muchachos
que yo, lo he de estar gozando.*

*Y si al correr de los años
mi tumba está abandonada,
y aquella cruz de madera
ya la encuentran destrozada,
remarquen las iniciales
de aquella cruz olvidada
junten la tierra y no olviden
que el que muere ya no es nada.*

*Adiós sinceros amigos,
bendiciones de mi madre,
adiós tan lindas mujeres,
adiós hermosos lugares,
adiós, y brinden señores
ya terminaron mis males.*

Jesús Luviano

Así mismo cayó Albita cuando Dimas, tragueado y envalentonado por el brandy, le disparó, a eso de las 12 de la noche en la nuca. Un tiro que no se oyó porque los tiros por detrás no suenan. Ella cayó de rayo sin darse cuenta, aunque dicen que alcanzó a llevarse la cara de Dimas a la tumba porque nadie pudo cerrarle los ojos. Cuando caliente porque ella era todavía de Dimas, y cuando fría porque a esa hora era ya de la policía. Para mí tengo que Dimas la tenía entre ceja y ceja y le había descubierto la nostalgia en esos ojos que ella ponía a brillar cuando no quería hablar.

Dimas guardó el arma, y la fiesta, por respeto a la difunta, se suspendió. Continuó afuera porque la gente alebrestada es muy difícil ponerla a llorar. Le hicieron un minuto de silencio y ya. Los músicos siguieron tocando la Cruz de Madera en la calle hasta las seis de la mañana. Cuando aclaró, y el sumario podía iniciarse, Dimas cogió el mixto que sale todos los días para Planadas. El cabo de la policía no comenzó la diligencia de levantamiento del cadáver hasta después de desayunar. Entró al restaurante frotándose las manos y dando salticos en la punta de los pies como desencalambrándose, dijo: esto se va a poner bueno. Se sentó y pidió un caldo de pajarilla☺

